

DISCURSO III.

Regina Confessorum ⁽¹⁾.

Et regna... propter veritatem, et mansuetudinem, et justitiam. (David, XLIV, 5 et 6.)

Y réina... por la verdad, por la mansedumbre y por la justicia. (David, XLIV, 5 y 6.)

Regina Confessorum. (Eccles., Lit. Lauret.)

Reina de los Confesores. (Iglesia, en la Letanía.)

EL orador cristiano en la presencia de una mujer que es el embeleso de toda la cristiandad; el sacerdote católico delante de una criatura que es el sosten y la fortaleza y el orgullo del Catolicismo; el hijo de la tribu de Leví, humildemente prosternado ante una emanación divina que es la gloria de Jerusalén y la alegría de Israel, y el ornamento más hermoso del pueblo cristiano; el ministro de Jesucristo á los pies de la que fué, y es, y será siempre la esperanza de los hombres y la espectación de los siglos; la que fué llama de los Patriarcas, y lengua de los Profetas, y pluma de Salomón; sueño de oro de la naturaleza y maravilla de la gracia; y recreo del Padre, y adoración del Hijo, y purísimo amor del Espíritu Santo. Yo, finalmente, el último individuo del sacerdocio español, en la cátedra de la verdad contemplando lleno de admiración, de reverencia y de entusiasmo á la Reina de todos los Santos y Madre del Amor Hermoso; y ¿con qué objeto, señores?

(1) Predicado á la Archicofradía del Amor Hermoso, en Santo Tomás, en Mayo de 1854.

Nueve mil místicos coros de almas que, sin descansar sobre la tierra, corresponden á las adoraciones que tributan á Maria las gerarquías de los ángeles en el interior de los cielos: la hermosura de Maria, imperfectamente reflejada en una multitud de imágenes, que sostienen los corazones vacilantes de los desterrados hijos de Eva, al mismo tiempo que intuitivamente forma las delicias de los justos en la bienaventuranza: predicadores venerables por su virtud é ilustres por su sabiduría que pregonan las glorias de mi Reina y mi Señora, con verdad, con excecencia y con dignidad hasta donde permite el humano entendimiento; y yo, indignamente asociado á los esclarecidos panegiristas de la Virgen, aceptando asimismo temerariamente la responsabilidad de alabarla, presentándola en uno de sus más halagüeños caracteres, en una de sus más remarcables prerogativas, en uno de tantos incomparables atributos de su mayor grandeza y santidad.

Y no entendais que cumpliré vuestros deseos ensalzando á Maria como se merece: todos los espíritus celestiales elogiándola, no harian más que empezar: todos los bienaventurados aclamándola, no harian más que bosquejar: todos los viadores sobre la tierra invocándola, festejándola y adorándola, no harian más que diseñar. Maria que por la infinidad de Dios, es infinita en virtudes y en merecimientos, es, por esta misma infinidad, infinita en obsequios y alabanzas. Alabarla dignamente, sólo Dios, porque sólo Dios sabe quién es, y lo que es, y cómo es Maria. Recompensarla y glorificarla, sólo Dios; porque sólo Dios sabe lo que vale, lo que hace y lo que merece Maria. Y no penseis que hoy subo al púlpito por presunción y á pregonar las glorias de Maria porque esto esté á mis alcances, ni confiando á mis fuerzas un éxito feliz, proporcional al que habla y á quien se habla: he subido á la cátedra del Espíritu Santo por devoción á Maria; poniendo mis palabras en los labios de Maria y henchido de una lisonjera confianza; pero confianza en la maternal clemencia de Maria, y me he decidido á ocupar vuestra atención, presentándoos á la Madre de Dios y de los hombres Reina, pero Reina de los Confesores. *Regina Confessorum*. Asunto difícil, espinoso, metafísico para el hombre material; pero fácil, suavísimo, lleno de luz y de verdad para el hombre espiritual y animado por la fe.

Necesito para empezar y proseguir los auxilios de la divina gracia; gracia que está en las manos de la que afortunadamente venimos á celebrar: invoquémosla Reina de todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, y digámosla con el corazón y con el Ángel.

Ave Maria.

Confesar no es precisamente hablar: el habla comprende en general la idea de lo verdadero y de lo falso: unas veces expresa un pensamiento que, siendo soberano de la imaginacion, no ha llegado aún á insinuarse en el alma: envuelve otras un lenguaje acomodaticio con que el que habla sostiene con fútiles, pero lisonjeras apariencias, las ilusiones del que le escucha: hablar es casi siempre, y en el lenguaje del mundo, disimular en la superficie lo que en el fondo se siente, y no pocas veces la emision de la palabra es la expresion genuina de la mentira: el hablar pertenece á la materia: el confesar corresponde al espíritu: el espíritu herido por las vivas impresiones del placer ó del dolor, de lo bueno ó de lo malo, de lo próspero ó de lo adverso, las trasmite al corazon: el corazon confia sus emociones á los lábios, y éstos las comunican con un acento que no puede ser otro que el acento de la verdad. Confesar es obedecer preceptos del corazon: confesar es sentir, pero sentir, hablando y obrando; armonizando perfectamente nuestras obras con nuestras palabras, y hermanando de una manera edificante nuestra conducta en la práctica, con nuestras creencias en teoría: de aquí se deduce que la confesion de nuestra aversion al mal consiste más en evitarle y huirle, que en decir que le detestamos; y la confesion de nuestro amor al bien estriba, más que en ensalzar este mismo bien, en practicarle.

Confesores de Jesucristo son los verdaderos seguidores de Jesucristo: son los que, sin sellar la fe con el sacrificio cruento de su vida y el derramamiento ostensible de su sangre, dieron y dan, sin embargo, un heróico testimonio de esta misma fe con una vida ejemplar, cuya norma es la virtud: confesores de la fe de Jesucristo son los anacoretas que poblaron los incultos desiertos y estremecieron al abismo con el horror de sus penitencias: son los que, en el estrépito de la Babilonia del mundo, redujeron las pasiones á servidumbre, teniendo siempre el espíritu en la presencia y en las manos de su Dios: son los que, en horas felices, predestinados por la clemencia divina, jamás despojaron su alma de la vestidura de la gracia que los cubrió en la fuente regeneradora del bautismo; ó los que si la perdieron por instigaciones diabólicas ó fragilidades humanas, volaron al llamamiento del médico celestial á lavarse y á curarse y á recuperar el tesoro perdido en la saludable piscina de la penitencia: son confesores de Jesucristo los que, colocando el pié sobre el funesto dragon, enemigo de la

pureza, conservaron su virginidad inmaculada, como el primer aroma de una azucena, ó reconquistaron y embellecieron su castidad entre las asperezas de la mortificacion, á la manera del lirio entre los eriales ó entre las zarzas: confesores de Jesucristo son los que le amaron, los que le siguieron y los que le imitaron.

Ahora bien; reunid con vuestra consideracion lo innumerable, lo exquisito y lo selecto de los confesores de la fe de nuestro Dios; entresacad lo más perfecto, lo más grandioso y admirable de tan edificante reunion, y segregad de ella lo incomparable, lo sorprendente y lo inimitable en la confesion heróica de la Divinidad, y veréis que un cedro altísimo reina sobre los retoños del Líbano; que un ciprés gigante avasalla las yerbas humildes de Sion; que una palmera corpulenta se enseñorea sobre los arbustos de Cades; veréis que una estrella peregrina, más brillante que el lucero que anuncia la mañana, preside á la esplendidez y la hermosura de los astros. Veréis el arca incorruptible en cuyo seno se alberga el divino Noé, flotando por su humildad, sobre las oleadas de la soberbia del mundo; vereis al iris bonancible que, nuncio de una paz inalterable, reconcilia los cielos con la tierra; á la Judith divina, decapitando al infernal Holofores; á la Esther de la gracia, solicitando para su pueblo libertad y salvacion; veréis, finalmente, á Maria, Madre del Amor Hermoso, Reina de los Confesores, *Regina Confessorum*. Pero Reina de los Confesores, nó por estar enriquecida con uno, dos, tres mil grados de santidad sinó por ser despues de Dios, la Santidad misma; nó por imitarle en esta ó en aquellas virtudes, en un grado sobreexcelente, sinó por contener en su sola purísima alma la reunion de todas las virtudes; nó por haber llegado á fuerza de combates y de contradicciones á la cumbre de la perfeccion, sinó por ser Ella manantial inagotable, y rio caudaloso, y fuente que nunca se seca, de gracia, de virtud y de perfeccion. *Regina Confessorum*. Reina de los Confesores.

Reina de los Confesores, sí, destinada *ab æterno* para contener dentro de su seno inmaculado y sin detrimento de su virginal integridad, al que no cabe en los cielos ni en la tierra; destinada para ser Madre del que es Hermano y Redentor de todos los vivientes; para ser la medianera entre la justicia y la culpa, entre el Juez y los reos, entre la Divinidad ofendida y la humanidad proscrita por sus delitos, y sentenciada á eterna condenacion. Reina de los Confesores especialísimamente por su constancia y por su generosidad: por su constancia para amar á Dios, en lo que nadie la excedió; por su generosidad en amar á los hombres, en lo que nadie la igualó.

El amor, señores, es Dios, y Dios es todo caridad; la caridad es toda sacrificio, y en ella resplandecen todas las virtudes; ved á Dios enriqueciendo á Maria con todos los privilegios y adornándola con todas las prerogativas; y contemplad á Maria, gigante en sumision y gratitud, descollando como Reina de los Confesores por la constancia en amarle como Hija á su Padre, como Madre á su Hijo, y como Esposa á su Esposo. En amarle como Hija, porque si el amor de los hijos á los padres no ha de reconocer límites porque les dieron el sér de naturaleza, Maria recibió de Dios, ántes que todo fuese, su sér de gracia, sér que siendo incomprendiblemente grande en la mente del Eterno, la hizo todavía mucho más grande cuando las auras del mundo le sonrieron, cuando los hijos de Eva la saludaron. Los hijos aprenden de sus padres, y la enseñanza es un motivo de mayor amor; y Maria aprendió en el santuario mismo de la Divinidad misterios sublimes que habia de comprender, verdades innegables que habia de explicar; y no podia menos de beber en las fuentes de un Padre que es eterno en amar á sus hijos, la constancia en amarle, como solamente puede amarse á Dios, y como solamente puede amarle Maria.

Constancia en amarle como Madre: la maternidad es la expresion del amor; la maternidad transforma el corazon de una mujer en el corazon de una heroína, y la dispone á lágrimas y á privaciones, á padecimientos y á sacrificios, pero sólo por amor. La maternidad de Maria era una grandeza inexplicable, como divina: sus lágrimas y sus privaciones, sus padecimientos y sus sacrificios debian dar tal realce á su amor de Madre, pero de Madre de Dios, que en él descollase como la primera madre que lloró, como la primera que sacrificó, como la primera también que amó. Una madre, y esto aunque sea madre de un hijo criminal, jamás deja de amar; jamás apaga en el corazon los incendios de su cariño; jamás se cansa de desear. Maria, Madre de la inocencia misma, de la Santidad por esencia, Madre del Hijo de Dios y de Dios mismo, tiene un corazon que arde desde el principio de los siglos y se abrasa entre las llamas de sus deseos de amarle más, y se consume entre los fuegos de su cariño; y se consume y renace luego por lo violento, por lo vehemente y por lo exquisito de su constancia.

Al amor conyugal está reservada la prerogativa de ser unitivo, y por lo unitivo fuerte, y por lo fuerte perseverante: la mútua fidelidad de los esposos dilata las dimensiones del amor, y le robustece, y le dá tal consistencia, que ni los peligros le alteran, ni el tiempo le debilita, ni la muerte le desune. Maria Santísima

es la Esposa más amada, la Esposa inseparablemente unida con el Espíritu que la cubrió con su sombra en la Encarnacion, la Esposa cuyo himeneo es inmortal, indestructible: su amor es la virtud, y la virtud subsiste; su amor es la caridad, y la caridad no se amortigua; su amor es la divinidad, y la divinidad es eterna. Su desponsorio antecedió á la creacion del universo, y éste se destruirá, y pasarán los siglos, y desaparecerán las generaciones; pero el amor de la Esposa al Cordero sin mancha sobrevivirá y reinará sobre los escombros del universo, sobre la memoria de los siglos, sobre el polvo de las generaciones. Si el confesar es sentir, nadie como Maria sintió el amor, nadie como la Señora hizo público alarde de su amor, nadie tampoco como la Virgen, por la constancia en amar á Dios, es indisputablemente proclamada *Regina Confessorum*. Reina de los Confesores.

Generosidad para amar á los hombres: la generosidad es una de esas virtudes que más ennoblecen al corazon: como que es la dádiva que más enriquece al hombre, si el hombre ha de parecerse á su Omnipotente Autor: generosidad, expresa desprendimiento para dar y desinterés para recibir: Dios, que es un mar insondable de dónes, que es un piélago inmenso de riquezas, que es un golfo inmensurable, infinito y eterno, no reconoce límites en el dar: no cuenta por cantidad ni calcula por quilates los beneficios que dispensa; por eso al que le pide paciencia, se dá todo Él en paciencia; al que suspira por consuelos, se dá todo Él en consuelo; al que solicita no vivir solo se comunica todo Él en compañía; al que clama por remedio á sus males, se suministra todo Él en medicina; al que suspira por pan y por agua, se da todo Él incomprendible, uno, indivisible é infinitamente generoso, en comida y en bebida.

Dios, que dá sin que jamás sus dádivas le disminuyan, dá con el desinterés de un Dios; dá sin exigencia reintegro; dá sin ambicion de recompensa; porque ésta, si nosotros fuéramos capaces de retribuirle, como todo lo sobrenatural, habríamos de recibirla de sus manos. Confesor intrépido de esta generosidad, nó el que más la proclama, sinó el que más la imita; y entre todos los confesores buscadme una criatura espléndida, santamente liberal, generosísima, que dé más y con mayor desprendimiento y con desinterés más semejante al de Dios, que la Madre del Amor Hermoso, Maria Santísima. Visitémosla en Belen, y pasemos despues á contemplarla en el Calvario.

En Nazareth habia ofrecido al Eterno su cuerpo y su corazon: haciéndose esclava habia puesto en nuestras manos el dominio de la gracia; guareciéndose bajo las umbrosas alas del Espíritu Santo,

por el canal de su fe, que es una fe que no se mide, nos regaló, nos franqueó, nos hizo dueños de su inalterable santísima esperanza. Allí nos dió virtudes; en Belen nos dá lo que nosotros no podíamos nunca merecer, ni jamás nos atreveríamos á esperar. Vivíamos en tinieblas, y María nos dá el Sol de justicia, nos ahogábamos en un lago de tristeza, y María nos entrega el precioso depósito de la verdadera alegría; naufragábamos en un abismo de miseria, y María nos confía lo más excelente, cuantioso de sus riquezas; estábamos decaídos, y nos dá el verdadero valor; estábamos muertos, y nos dá la verdadera vida; estábamos sin salvacion y sin remedio, y nos dá á Jesus, cuyo nombre significa Salvador. Y ¿espera gratitud de nuestra parte? Apénas el hombre sabe que Jesus es viajero por el mundo, le persigue con encarnizamiento, y la Madre sufre desprendida y desinteresada las persecuciones contra el Hijo. Jesus vive en la abyeccion y en la oscuridad, y María sufre por nosotros la abnegacion y el abatimiento. Dios vive escondiendo los resplandores de su gloria bajo los velos del aprendiz de un pobrecito artesano, y su sierva disfraza bajo las vestiduras de una mujer del pueblo, los arrobadores privilegios de Reina de los Confesores y de Madre del Amor Hermoso.

En Belen nos entrega al Salvador; y en el calvario entrega á la Justicia Omnipotente el Redentor de los mismos que le sacrifican. Esto es muy grande, cristianos. María sobre el Gólgota parece que se hace otra mujer, parece que deja de ser lo que era con Jesucristo, por no dejar de ser lo que es para nosotros: así que, no solamente entrega á Jesucristo á la pasion; nó solamente abandona á los verdugos para que hagan de Él lo que cumple á la voluntad de su Padre, sinó que comprendiendo perfectamente que en union con aquella víctima debian inmolarse otro corazon y otra alma, otras potencias y otros sentidos que fueran los del Verbo humanado, colocó sobre el altar del sacrificio su alma y su corazon, sus potencias y sus sentidos, se ofreció sin condiciones á sufrir con desprendimiento, con desinterés y por amor de sus hijos, cuanto el Hijo de las eternas complacencias sufría con desprendimiento y con desinterés por amor de sus hermanos.

Identificada con Jesucristo en el amor, se colocó á la misma altura que Jesucristo en el padecer, y ¡no sé que diga! Jesus era atormentado en el cuerpo, María era atormentada en el espíritu. Jesus moría y acababa de padecer; María vivía, y su tortura empezaba con mayor violencia en el momento mismo en que parecía había de concluir. Identificada con Jesucristo en la constancia para amar, así como Aquel escogió el inaudito prodigio, la estupenda

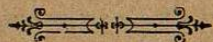
fineza de quedarse con nosotros hasta la consumacion de los siglos en el sacramento de su amor; muriendo despues en el árbol de la Redencion; María sacrifica sus vehementes deseos de morir; y vive y se conserva para los hombres aún hasta despues de que exhala para ellos toda su alma y distribuyen entre ellos su magnánimo corazon, un tránsito feliz, un éxtasis angelical, un sueño de eterna vida la lleve á ocupar un trono de gloria inmarcesible y á ceñir una corona inmarcesible de augusta bienaventuranza. Identificada con Jesucristo en la generosidad para amar á las criaturas, las ama con absoluto desprendimiento, con desinterés incalculable; María es el modelo del amor, de la constancia y de la generosidad.

¿Habéis observado una roca situada en medio del mar que elevando su punta hasta las nubes, sufre inalterable los rigores de la intemperie, el azote de las olas y las sacudidas violentas del turbulento huracan? Pues esa es María, la Madre del Amor Hermoso, roca invencible en su acrisolada constancia para amar á Dios. ¿Habéis advertido un rio caudaloso que, recibiendo los bramadores torrentes que se precipitan desde la cima de una montaña secular, cuyas plantas fecundiza y riega, se agita impetuoso é hirviente, y salva la ribera, y sale de madre, y, estendiéndose por una pradera cuyo término se pierde en el lejano horizonte, todo lo cubre, todo lo inunda, y como que parece que no se aquieta, ni se amansa, ni se tranquiliza hasta que las entrañas de la tierra han absorbido hasta la última gota de sus espumantes aguas? Pues ese rio es María, la Madre del Amor Hermoso; rio de generosidad sin principio ni fin para amar á las criaturas; cuyo amor, sin cesar ardiendo, todo lo inunda, y cuyo corazon, sin cesar amando, parece que solo descansa cuando las criaturas todas descansan bajo las alas de su cariño.

Por eso esas fortalezas inexpugnables, esos héroes del Cristianismo, cuyo sér y cuyo nombre se han inmortalizado por el amor de Dios, acudieron á tomar armas para defenderse contra las asechanzas del demonio, á las plantas de María. Confesaban á Jesucristo, y María era su Reina. Por eso esos espejos resplandecientes, esas almas de fuego, esos mártires de la caridad que la Religion y la Iglesia nos ofrecen como cátedras elocuentes donde aprendamos á sacrificarnos todos y á sacrificarlo todo en obsequio al Criador y por amor á las criaturas, volaron presurosos á la fuente del amor, que es María; á la torre de la constancia, que es María; océano inmenso de la generosidad, que es María. Por eso, así como á nadie sino á María engrandeció y enriqueció el

Altísimo, así tampoco á nadie como á Maria dispensó la gracia de confesarle privada y públicamente, en presencia de los cielos y de la tierra, de los ángeles y de los hombres; por la exaltacion incansable de su majestad y de su grandeza, y por la práctica edificante de todas las virtudes. Por eso Maria Santísima reúne en sí misma el honor, la alabanza y la bendicion de todos los hijos de Adán; por eso es conocida, invocada y enaltecida con una multitud de títulos que forman y son otros tantos panegíricos de su santidad y de su amor; y entre ellos descuella como la azucena de los campos, como el lirio de los valles, como la luna entre las estrellas, como el águila entre las aves, el honorífico dictado, el título tierno, suavísimo y consolador de Reina de los Confesores. *Regina Confessorum.*

Desisto de proseguir porque mi objeto es no molestar. ¿Queréis santidad? Ahí teneis á la Reina de todos los Santos. ¿Queréis amor? Ahí teneis á la Madre del Amor Hermoso. ¿Queréis ser públicamente confesores de la fe de Jesucristo? Ahí teneis á la Reina de los Confesores. ¡Reinad, Virgen Santísima, en los corazones de todos los cristianos; corazones que se han hecho para Dios y para Vos; reinad en nuestros pensamientos con todas las dulzuras que envuelve vuestro nombre; reinad en nuestros labios por la confianza que derrama sobre ellos vuestra poderosa intercesion! Corone, en hora buena, vuestras cándidas sienes la refulgente y eterna diadema de Reina de los Confesores; circúndeos, porque así lo mereceis, el sol de la inmortalidad. Hijos vuestros, pueblo vuestro y cortesanos vuestros, os amamos con constancia y generosidad, con anhelo y esperanza, con entusiasmo y con seguridad, porque sabemos que, imitándoos en lo virtuosa y en lo santa, os acompañaremos tambien, por dicha nuestra y eternamente, en la gloriosa bienaventuranza. Así sea.



DISCURSO IV.

Sermon del Cármén ⁽¹⁾.

Exultavit anima mea in Deo meo, quia induit me vestimentis salutis.

(Isaí., cap. LXI, ver. 10.)

A medida que el genio de la impiedad se ensaña más y más por hacer desaparecer de nuestro suelo, y lo que es más sensible, de nuestras almas, la sólida piedad que nos legaron nuestros mayores; cuando una era, estrepitosa en formas y apariencias, pero en el fondo corrompida y vacía de amor á la virtud, asesta con más vehemencia sus tiros contra el baluarte inexpugnable de nuestra adorada Religion; en medio de la amargura que asalta á nuestro espíritu y corroe nuestro corazon, descubrimos, y no muy léjos, un rayo de luz consoladora que disipa las tinieblas que nos ofuscan, reanima las esperanzas debilitadas, y destruye y extermina la acerba tribulacion que nos aflige. Aun hay fe: á despecho del siglo, de sus doctrinas y de sus innovaciones, nosotros reconocemos la tierra como una peregrinacion, el sepulcro como una transicion, y esperamos despues de esta vida miserable una eternidad indispensable de castigo ó de recompensa; y temblando por el primero ó suspirando por la segunda, nos acogemos todos, pobres y ricos, grandes y pequeños, sabios é ignorantes, justos y pecadores, al asilo de la Iglesia, y la instamos, y la suplicamos, y la porfiamos que nos ilumine como antorcha, y nos enseñe como maestra; y la Iglesia, solícita siempre de nuestro remedio, nos indica, como segura y única para el consuelo de todos nuestros pesares, la senda

(1) Primer sermon predicado por el autor en la parroquia de San Ginés, de Madrid, el 12 de Julio de 1852.